ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA PARTIDA... SERRANA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON EMILIO MARIO (HIJO)

Y

DON ENRIQUE RODRÍGUEZ DEL VALLE



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1893

Al distinguido primer actor y director D. Wenceslao Bueno

su affmo.

E. Mario
(hijo)

Marzo 27/96

LA PARTIDA..... SERRANA

LA PARTIDA... SERRANA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON EMILIO MARIO (HIJO)

Y

DON ENRIQUE RODRÍGUEZ DEL VALLE

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO LARA la noche del 24 de Enero de 1893



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

A los artistas que han tomado parte en la obra, contribuyendo con su esmerada ejecución al lisonjero éxito que ha obtenido, dedican su trabajo eu testimonio de agradecimiento

Los Autores

Madrid 9 de Febrero de 1893.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EVARISTA......................	SRA. VALVERDE
ÁNGELA.......................	PINO.
JULIANA......................	SRTA. RIAZA.
DEOGRACIAS...................	SR. ROSELL.
PEDRO........................	LARRA.
ALBERTO......................	MENDIGUCHÍA.
RICARDO......................	RAMÍREZ.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO PRIMERO

Sala modestamente amueblada.—Puertas laterales y al foro, segundo termino derecha balcón.—Sillería, costurero á la izquierda y armario de luna, foro derecha.

ESCENA PRIMERA

DOÑA EVARISTA. ANGELA. DON PEDRO

EVAR. Hija mía, tienes ya veinte años, edad de la reflexión; la crisálida se ha convertido en mariposa, como leí el otro día en el folletín de *La Correspondencia.* ¿Digo bien? (A Don Pedro.)

PEDRO Muy bien, continúa.

EVAR. ¿Todos llegan á tener veinte años, eh?

PEDRO Todos no. Hay quien se muere.

EVAR. Bueno; casi todos. No seas materialista. En la mujer, los veinte años es la edad en que ya hay que pensar en el matrimonio y nosotros, como padres cariñosos, hemos pensado en el tuyo.

ANG. ¿Dices? (Pensativa.)

EVAR. Digo que hemos pensado en tu matrimonio. Moscoso solicita tu mano... es un muchacho instruído, guapo como otros muchos. (Mirando á Don Pedro como buscando aprobación á sus palabras.)

PEDRO Gracias.

EVAR. No lo decía por tí.

PEDRO Gracias de todos modos.

EVAR. Pues, como decía, es un muchacho guapo, noble por los cuatro remos.

PEDRO ¿Cómo remos?

EVAR. Por los cuatro costados. En fin, reune todas las condiciones apetecibles en el sexo fuerte, y nosotros, contando con tu consentimiento, hemos accedido gustosos. Falta sólo tu aprobación. ¿Qué respondes?

ANG. ¡Mamá!... siento que me hables de este asunto... yo no había pensado... soy muy joven.

EVAR. No tanto... veinte años... son veinte años.

PEDRO (¡Qué fuerte está mi mujer en ciencias exactas!)

EVAR. La mujer, de soltera se pasa muy pronto.

PEDRO Y de casada se propasa.

EVAR. Ya ves tú, yo contraje el indisoluble lazo á los diez y seis.

PEDRO (¡Así salió ello!)

EVAR. (Suspirando.) ¡Edad dichosa! ¡Algo daría yo por volver á ella!

PEDRO Tendrías que dar treinta y cuatro años.

EVAR. Yo era una chiquilla... me quité los pantalones para casarme.

PEDRO Y al día siguiente, te pusiste los míos.

EVAR. ¿Qué quieres decir con eso?

PEDRO Nada, mujer, nada.

EVAR. Bien; volvamos á nuestro asunto. ¿Qué contestas?

ANG. Ya te he dicho que soy muy joven. Además, no quiero á ese hombre.

EVAR. Ya lo sabemos... pero eso no es un impedimento. El verdadero cariño nace después del matrimonio, porque cuando nace antes, generalmente no se realiza.

PEDRO Se dán casos.

ANG. Luego... la diferencia de edad. Es mucho más viejo que yo.

EVAR. Diez años excasamente... ¿no es eso?

PEDRO Hoy lo hemos de saber, porque ha quedado en traer los papeles y entre ellos vendrá la fe de bautismo.

EVAR. Diez años no significan nada. ¿Qué son dos lustres?

PEDRO No te dés lustre... Dos lustros.

EVAR. Bueno. ¿Qué son dos lustros más ó menos? El marido debe ser siempre mayor que la mujer, porque así la inspira confianza y respeto. Tu padre ha sido siempre mayor que yo.

PEDRO ¡Claro! Te plantaste en los cuarenta, y no hay quien te meta uno más.

EVAR. ¡Falso! ¿Cuántos me llevas tú?

PEDRO ¡Los que quieras!... Dejemos las edades, es un terreno muy resbaladizo.

EVAR. En fin... precisa que nos dés una respuesta categórica... nosotros hemos comprometido nuestra palabra, contando con la seguridad de que no contrariábamos sentimientos nacidos ya en tu corazón, porque si así fuera...

ANG. ¿Qué? (Esperanzada.)

EVAR. Antes hubiéramos empleado toda nuestra autoridad, para hacerte desistir de ello. (Aparte á D. Pedro.) Aprieta, hombre.

PEDRO Eso es, hubiéramos empleado toda nuestra autoridad, es decir, la autoridad de tu madre, que es la única que existe en esta casa.

EVAR. Tu futuro es rico... nosotros hemos de morir.

PEDRO Sí; *Morir habemos. ya lo sabemos...* ¡Mujer, no pienses en esas cosas!

EVAR. Voy al asunto. Nuestra tranquilidad exige que te dejemos bien colocada. Un matrimonio sin recursos, es un cocido sin garbanzos.

PEDRO ¡Zambomba!

EVAR. Hay que pensar, no sólo en el presente, sino en el porvenir... porque es lógico que tengáis sucesión... séres inocentes cuya desgracia no debe causarse por la imprevisión de los padres... Además, ese enlace asegura nuestra vejez, primer deber de un hijo. (Mirando á D. Pedro.)

PEDRO Tu madre habla como un libro.

ANG. Sí, yo comprendo que tenéis razón, pero...

EVAR. No hay pero que valga. Te diré, que aparte

de todos estos fundamentos, tenemos otro, importante también. Las razas degeneran y deben entroncar.

PEDRO ¡Remos! ¡Entroncar! ¡Qué términos! No puedes negar que eres hija de un veterinario.

EVAR. ¿Cómo es eso? Mi padre no fué veterinario.

PEDRO ¿No? ¿Pues qué fué?

EVAR. Médico de animales enfermos, ¿no los hay?

PEDRO ¡Ya lo creo! Como hay también animales médicos de enfermos que no lo son.

EVAR. Bueno. Pues, como decía, las razas nobles traen pureza de sangre. La de tu familia ha sido siempre limpia como el agua, y no podemos consentir que ningún descendiente se una á un pelagatos. Queda, pues, sentado que te conviene un hombre como Moscoso, y creo que no debemos hablar más sobre el asunto. ¿Qué dices?

ANG. Yo no quiero contrariaros... pero dejadme tiempo de reflexionar... lo pensaré... (Evitando la contestación.)

EVAR. Es muy justo. Nos vamos. Te quedas sola; piensa en lo que te hemos dicho, y tengo la seguridad de que aceptarás. Luego debe venir tu prometido y es preciso contestarle.

ANG. ¿Tan pronto? No sé... (Echándose á llorar.)

EVAR. Sí; estas cosas hay que hacerlas así, en caliente, antes de que se arrepienta. Cuando un pez traga el anzuelo, hay que tirar de la caña para que no se escape.

PEDRO Tus argumentos en materia de pesca son contundentes. Vamos, hija mía, no llores. Se trata de tu felicidad.

EVAR. No seas chiquilla. Ya verás cómo esas lágrimas se convierten luego en sonrisas... ¡Ea! Te dejamos. (A Don Pedro.) Vente conmigo, no vayas á enternecerte y lo estropees todo. (Vanse primer término derecha.)

ESCENA II

ANGELA sola

¡Sonrisas!.. No volverá la sonrisa á asomar á mis labios. ¡Soy muy desgraciada! Tendré que ceder, porque de lo contrario, causaría la desdicha de mis padres, y me falta valor para ello. ¡Pobre primo mío! Cuando lo sepa va á volverse loco. *El*, que cifra en mí todas sus aspiraciones... *El*, que sólo piensa en hacerse un abogado muy pillo para defender muchos pleitos y ofrecerme una toga y un birrete acreditados... y eso que, la verdad, no le sientan bien... El otro día se probó los de un compañero y parecía un reo de muerte. ¡Pobrecito! (Timbre.) El es. Conozco su manera de oprimir el botón. ¡Valor, Dios mío!

ESCENA III

ANGELA y ALBERTO con un libro bajo el brazo

ALB. Buenos días, primita.
ANG. Muy buenos. ¿Cómo tan pronto?
ALB. Hoy hace un día muy hermoso, y nos hemos fumado el Derecho Romano.
ANG. ¡Mal hecho! ¡Muy mal hecho!
ALB. Hija mía, Justiniano es insoportable. Si tú conocieses á fondo á Justiniano...
ANG. Entonces os habrá puesto falta.
ALB. ¿Quién?
ANG. Ese don Justiniano... ¿No es el catedrático?
ALB. ¡Quiá! ¡Ya quisiera!.. Se murió hace mucho tiempo, dejando una porción de librotes con el único propósito de reventar á todos los estudiantes de Derecho. ¡Dios le haya perdonado!
ANG. De todos modos vienes muy pronto.
ALB. Los compañeros se han ido á tomar el sol;

pero yo, como no tengo más que el de tus ojos, me he venido aquí á tomarle. Cada uno se arrima al sol que más calienta.

ANG. ¡Ay, Alberto! ¡Si supieras qué día más nublado ha amanecido para nosotros!..

ALB. ¿Qué ocurre?

ANG. Moscoso...

ALB. (Con desesperación.) ¡Me lo estaba temiendo! Ya tenía yo esa mosca, ó mejor dicho, ese Moscoso á la oreja. Pero, en fin, ¿qué ha sucedido?

ANG. Que ayer pidió formalmente mi mano. Papás aceptaron contando con mi consentimiento, y me exigen que hoy mismo dé una respuesta categórica.

ALB. ¿Te opondrás?

ANG. Yo bien quisiera, pero Moscoso es rico; se trata de la felicidad de mis padres, de asegurar su vejez.

ALB. Eso es, te convierten en la *Equitativa*... pero tu primo no lo consentirá... No consentirá ese seguro á *prima fija*, es decir, en prima voluble, porque si accedes...

ANG. ¿Qué quieres que haga?

ALB. ¿Y me lo preguntas? Vas á olvidar tus juramentos, tus promesas, por unos miserables céntimos...

ANG. ¡Son millones!

ALB. ¿Pero dejarán de componerse de céntimos?

ANG. Yo no me vendo. Es el deber de hija obediente y sumisa.

ALB. ¡Deber ilusorio! Hoy no es la familia, como en tiempo de los romanos, una pirámide de esclavos en cuyo vértice estaba colocado el *pater*. La *mulier* ha reivindicado sus derechos... *es sui juris... Tua res tibi habeto.* Eres *libera*, y no consentirás esa *mancipatio* con venta verdadera. No dejemos que haya *traditio*, ni menos *deductio* ni *domum*, ni menos aún *confarreatio*. Desde los tiempos de Tarquino á los de Sagasta hay mucha diferencia. (Aparte.) La lección de ayer entera.

ANG. Sí, todas esas cosas que dices, y yo no entiendo, son muy bonitas, pero antiguas.

ALB. ¡Cómo antiguas!... El Derecho nunca se hace antiguo.

ANG. Díselo á mi madre, y te contestará que hoy está la plaza más cara que en tiempos de Tarquino. Tenemos que renunciar el uno al otro.

ALB. Preferiría verte convertida en *Vestal.*

ANG. ¡No me insultes!.. No es tan bestial sacrificarse por sus padres.

ALB. No he dicho eso... He dicho *Vestal*, las sacerdotisas que conservaban el fuego sagrado... Pero tú le hubieras dejado apagar si un *Aruspice* como Moscoso te hubiera dicho cuatro chicoleos.

ANG. Eres injusto. No quieres comprender mi sacrificio.

ALB. En fin; veo que es inútil luchar. Me entregaré como el vencido. Ahogaré mis penas en las *Pandectas*. Me lo decía ayer el corazón... Me puse á hacer versos en clase, y todos salían tristes.

ANG. ¡Ay! Léemelos. (Alegre.)

ALB. ¿Para qué? Si las fibras de tu corazón no se conmueven con la lira... si el mismísimo David tocándote el arpa no te haría sentir nada.

ANG. Anda, compláceme... es el último favor que te pido.

ALB. (Abre el libro y saca un papel.) Sea... (Leyendo.) «Del testamento nuncupativo...» No, no es esto. (Volviendo el papel.) «A Lela...» Digo, á Lelia.

«Adiós, adiós, adiós, me voy al punto.»
Punto.
«Adiós, adiós, adiós, dulce paloma.»
Coma.
«Adiós, adiós, adiós, medio difunto.»
Otro punto.
«Adiós, adiós, adiós, que el alma asoma...»
Punto y coma. (Timbre.)

ANG. ¡Dios mío, debe ser Moscoso!

ALB. ¡Maldición! ¡Que caída desde las cimas del Parnaso!

ANG. ¡Vete!

ALB. ¡Jamás! Estoy decidido. ¡Voy á hacer una barbaridad!

ANG. ¡Por Dios!

ALB. (Sacando un cortaplumas muy pequeño.) ¡Quiero beber su sangre!... ¡quiero verla correr á torrentes... quiero embriagarme con sus vapores! (Angela le contiene.) Déjame, esta casa va á ser un *Spoliarium.*

ANG. (Luchando por contenerle.) ¡Alberto!

ALB. (Exaltado.) ¡Sangre y esterminio... sangre!

ANG. ¡Ay! Lo ves, ya te has cortado.

ALB. (Medio desmayado.) ¡Sangre!... (Volviendo la cara para no ver la herida.) ¡Mira lo que me he hecho! ¡Debe haber llegado al hueso!

ANG. No es nada. (A Alberto.) Chupa, para que no se encone.

ALB. Chupa tú si quieres... yo no tengo fuerzas.

ANG. Te pondré tafetán. (Va á buscarle al costurero; él se siente cada vez más lánguido.) Trae... Pero qué pálido te has puesto... ¿Vas á desmayarte?

ALB. ¡Creo que sí! (Aplicándose el tafetán.)

ANG. ¿No decías que te gustaba ver correr la sangre?

ALB. Sí... la de otros.

EVAR. (Dentro.) ¡Juliana! (Llamando.)

ANG. Ya está. ¡Mamá! Por Dios, que no note nada. (Durante este final ha vuelto á sonar el timbre.)

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA EVARISTA y DON PEDRO, primer término derecha

EVAR. (Llamando.) ¡Juliana! ¡Juliana! ¿Pero dónde se mete esa chica? Hace media hora que están llamando.

ALB. Hola, tíos. No debe estar en casa, porque cuando yo entré ella salía.

EVAR. Pues anda tú á abrir. (A Alberto.) Debe ser Moscoso.

ALB. Y... y quiere usted...

EVAR. ¡Que tú le abras... claro!.. No vamos salir ninguno de nosotros. ¡Anda!

ALB. (En canal sí que le abriría. (Vase foro.)

EVAR. Ya le tenemos aquí. ¿Te has decidido? (A Angela.)

PEDRO ¿Qué has resuelto?

ANG. Obedeceros...

EVAR. Así me gusta. (Alegre.)

PEDRO (Idem.) Perfectamente.

EVAR. A ver si ahora te muestras amable y...

ANG. ¡Ay, mamá! Yo no quisiera asistir á esta entrevista... estaré violenta.

PEDRO No dices mal. Evarista... déjala.

EVAR. Pues cuando tú pediste mi mano, yo estaba presente y no me sucedió nada... pero, en fin, bueno... vete... le diremos que tienes jaqueca. (Vase Angela primera izquierda.)

ESCENA V

ALBERTO, DOÑA EVARISTA, DON PEDRO y RICARDO

ALB. (Entrando por el foro en compañía de Ricardo.) Aquí tiene usted á los tíos.

EVAR. ¡Nuestro querido Ricardo!... Ya le esperábamos á usted con impaciencia. (Aparte á don Pedro.) Cógele eso.

RIC. Señora mía... Caballero... (Afectadamente.)

EVAR. (Hace señas á don Pedro para que le coja el sombrero.) Cógelo...

PEDRO (Sin comprender.) (¿Pero qué quieres que le coja?)

EVAR. (¡El sombrero, torpe!)

PEDRO Permita usted. (Cogiéndosele.)

RIC. No se moleste.

EVAR. (A Alberto.) Déjános sólos.

ALB. (Me voy al último rincón de la casa... Caramba y cómo me duele el pinchazo). (Vase primera derecha.)

EVAR. (A Ricardo.) Tome usted asiento.

PEDRO Aquí tiene usted silla. (Ofreciéndole una.)

EVAR. (A Pedro rápidamente.) (¡Es la rota, quítasela!)

(Alto.) En la butaca estará usted más cómodo. (Se sienta.)

RIC. (Este personaje habla pausadamente.) Pues yo había pensado venir antes... pero me encontré á unos amigos en la puerta de las Calatravas y nos hemos esperado á ver salir la gente.

PEDRO Las muchachas, ¿eh?

RIC. ¡Je, je!... Sí, señor... y todo lo que salía.

EVAR. Vaya con don Ricardito; vaya...

RIC. ¿Y su encantadora hija?

EVAR. Con un jaquecón atroz; usted dispensará que no salga.

PEDRO Se le hubiera aumentado.

EVAR. (Rápido.) Sí, porque cuando se oye hablar... el ruido de la conversación. (Mirada furibunda á don Pedro.) ¡Mi marido no habla más que para meter la pata!

RIC. ¿Le habrán ustedes dado antipirina?

PEDRO Antipi... ¿qué?

EVAR. No le hemos dado nada. La cosa no vale la pena; con un poco de descanso. Nos ha encargado manifestemos á usted su sentimiente por no poder recibirle.

RIC. Gracias. (Pausa.) ¿Y de la otra cosa?

PEDRO ¡De cuál!

RIC. La respuesta á mi petición.

PEDRO ¡Ah! Sí... también debemos participarle su sentimiento, digo, su consentimiento.

EVAR. Sí, señor; accede, como era de esperar... ¡Ah! (Suspirando.) No sabe usted lo que se lleva...

RIC. ¡Vaya si lo sé!

EVAR. Un corazón virgen, qué pena nos causa!

RIC. ¡Me alegro!

PEDRO ¿Cómo?

RIC. Me alegro de que la respuesta sea satisfactoria.

PEDRO Y á propósito; ¿ha traído usted los papeles?

RIC. Sí, señor; (Sacando un legajo del bolsillo.) aquí están; puede usted examinarlos.

PEDRO No, yo soy poco fuerte en estas cosas... Mi cuñado.

EVAR. Sí... mi hermano, que ha sido casado tres veces, y viudo otras tantas, está muy práctico en eso.

PEDRO ¿Y de su familia, qué noticias tiene usted?
RIC. Buenas, gracias... vegetando.
PEDRO Conque vegetando ¿eh? ¿Y dónde vegetan?
RIC. Siempre en Valladolid.
EVAR. ¿Tendremos el gusto de que su papá, el señor Barón, asista á la boda?
RIC. Así lo espero... no creo que me deje solo como un hongo... y eso que con su reuma...
PEDRO ¡Ah! ¿Tiene reuma? ¿Y cómo con ese padecimiento vive en Valladolid, un clima tan frío? ¿No le convendría algún país más cálido?
RIC. Es que papá tiene además otro achaque, que no me acuerdo cómo se llama, para el cual le hace mucho daño el calor.
EVAR. Entonces, un clima templado.
RIC. Tampoco... Tiene pápá otro padecimiento, que, según los facultativos, se agrava con las temperaturas medias.
PEDRO ¡Caramba! (Pues cualquiera sabe dónde poner al señor Barón.) (Timbre repetidísimo, como siempre que se anuncia la salida de este personaje.)
EVAR. Ahí está mi hermano. No hay cuidado que suelte el botón hasta que le abran.

ESCENA VI

DICHOS, DON DEOGRACIAS, foro. Entra tropezando en todos los muebles y tirando el sombrero de Ricardo, que se encuentra sobre una silla

PEDRO ¡Cuidado, hombre, te vas á romper el bautismo! (Evarista, Pedro y Ricardo se lanzan á coger el sombrero.)
DEOG. Esta maldita vista.
PEDRO Buen coscorrón has pegado á la chistera. (A Ricardo.) ¡Una pesetita de plancha!
RIC. Eso es de material.
DEOG. Hola, Evarista. Adiós, Perico. ¡Oh! D. Ricardo, que está usted por aquí... no le había visto... bien es verdad que no veo tres sobre un burro... Vengo reventado... desde lo último del barrio de Pozas. (Sentándose.)

EVAR. ¿Qué ha sido ello?

DEOG. Incumbencias. Yo, que tengo como línea de conducta no ocuparme de nada ni de nadie, ando siempre metido en los líos ajenos. Figúrense ustedes que cuando salía yo de casa me encuentro á la portera disputando con el sastre de la esquina, que era amigo del difunto portero, sobre si este tenía ó no tenía la cruz del levantamiento del sitio de Bilbao. No había modo de ponerlos de acuerdo... Entonces recordé un amigo mío, antiguo chapelgorri, hombre de un memorión descomunal, y á fuerza de dar pasos, topé con su domicilio, y vean ustedes lo que son las cosas... Tenía la cruz, por más señas que se encontró con dos, porque se la dieron el mismo día que se casó.

EVAR. ¿Y á tí, quién te mete en esos asuntos?

DEOG. A mí, nadie... Pero este genio que Dios me ha dado.

PEDRO Y el haberte criado en Almadén. ¡Te azogaste!

DEOG. No sé si me azogué. El caso es, que vuelvo con el cuento á la portera, y me dice ..

EVAR. ¿Sabes que don Ricardo ha traido los papeles?

DEOG. ¡Y á mí qué me cuentas!

EVAR. ¡Hombre, ofreciste que tú lo arreglarías todo!...

DEOG. ¿Yo?... En fin, ¿están completos. (A Ricardo.)

RIC. Creo que si... Eso usted lo verá... Según me han dicho, ha sido casado tres veces... ya debe tener costumbre.

DEOG. ¡Ya lo creo, y eso que en ocasiones!.. Los de mi última difiunta por poco me hacen parar en Leganés. Aquello no lo entendía nadie. ¿Los habrá usted traído con su índice?

RIC. No, señor; con toda la mano, así, agarrados.

DEOG. Mal hecho... Así no sabe uno lo que recibe. Pero mi amigo Fernández, el de la Vicaría, los pondrá en orden... Por cierto que me preguntó, y tengo que averiguarlo, lo que hay sobre reconocimiento de créditos proce-

dentes de juros. Tiene una prima en Buenos Aires...

PEDRO Bueno, luego nos lo contarás.

RIC. (Este hombre habla por los codos.) Vaya, pues yo, con permiso de ustedes, me retiro... (Se levanta) Voy á almorzar y luego pondré un parte á papá, dándole cuenta de todo... A los piés de usted, futura mamá... ¡Futuro papá!. . (Se levantan todos.)

EVAR. ¡Adiós, picarillo!

RIC. (Saludando.) ¡Don Deogracias!

PEDRO Llámele usted tío.

RIC. ¡No me atrevo!

DEOG. Atrévete, anda. (Empujándole cariñosamente.)

RIC. (Marchándose.) No se molesten ustedes.

DEOG. Sí, dejadle, que no se llevará nada... Digo, se va á llevar lo mejor de la casa. (Cantando.)

¡Buena chica te llevas!...
Picaronazo...

RIC. ¡Qué bromista!

EVAR. (Desde la puerta foro, donde están colocados los personajes.) ¡Juliana, abre al señor hijo del Barón! (Marcado.)

ESCENA VII

DICHOS menos RICARDO, bajando todos al proscenio

DEOG. ¡Con que ya tenemos á la niña empapelada! ¿Y cómo toma Angela la boda?

EVAR. Como tomamos eso todas las mujeres.

PEDRO No tanto... no tanto. Se ha convencido á nuestras razones; pero nada más.

DEOG. Yo creo que en realidad le conviene... Anoche ví al procurador Recio para un asunto que me ha recomendado aquél López, con quien no sé si recordaréis que fuí una vez á Alcobendas, donde me convidó á acompañarle... iba de comisionado de apremio y fuimos nosotros los apremiados... porque nos dieron una paliza.

EVAR. ¿Y qué te ha dicho Recio?

DEOG. Conoce al dedillo la fortuna de los Mosco·

sos... ¡Es un capital saneadito!... Le quedarán á cada hijo unos cuarenta mil reales de renta... y al mayorazgo una atrocidad, porque una tía solterona que tiene en Bilbao le deja por heredero para sostener el lustre del título, un buen betún... más de cinco millones en...

PEDRO ¡Canastos!

DEOG. ¡Sí, en canastos! En minas y en fincas de todas clases.

EVAR. ¿Pero eso sólo para el primogénito?

DEOG. Nada más. Pero vamos á ver esos papeles. (Se sientan, y empieza don Deogracias á examinarlos.)

PEDRO (Dándoselos.) Toma: partida de matrimonio de los padres.

DEOG. Bueno. (Mirándola.) Legalización.

PEDRO Partida de bautismo.

DEOG. A ver, á ver. «Bauticé solemnemente á un niño que nació...» ¡Zambomba!

EVAR.
PEDRO } ¿Qué es eso?

DEOG. No los representa. ¡Quién lo diría!

EVAR. ¿Pero qué es?

DEOG. Nada, que el mocito tiene veinticinco años en cada pata.

PEDRO ¡Cien años!

EVAR. ¡Jesús!

PEDRO Calla, hombre. No ves una gota. Trae acá. (Cogiendo el papel.) «Un niño, que nació el 28 de Diciembre de 1842. *¡Inocente!* ¡Pues es verdad!

EVAR. Pues no puede ser. ¡Aunque le hubieran conservado en espíritu de vino!

PEDRO La cuenta no marra. Cuarenta y dos y cincuenta, ¿cuántos son?

EVAR. ¡Yo qué sé!

ESCENA VIII

DICHOS, ANGELA y ALBERTO, que asoman las cabezas por las laterales izquierda y derecha, respectivamente

ANG. ¿Se marchó?

ALB. Me canso de estar solo.

ANG. ¡Pero qué caras tenéis! ¿Qué pasa?

DEOG. Nada, hija mía, que tu prometido tiene cincuenta años.

ANG. ¿Qué dices?

DEOG. Cincuenta años cumpliditos.

ALB. ¡Qué atrocidad!

ANG. ¿Y por qué no lo habéis dicho hasta ahora?

PEDRO Porque no sabíamos una palabra. Lo acabamos de averiguar por su fe de bautismo.

ALB. ¡A ver! ¡Hola, tío!

DEOG. ¡Hola! (Dándole el papel.)

ANG. ¡Ahora sí que no me caso!

EVAR. ¡Niña!

ANG. Que no me caso. Estaba dispuesta á sacrificarme por vuestra felicidad... pero ¡Dios mío, treinta años de diferencia!

ALB. Muy bien dicho.

PEDRO En realidad tiene razón la chica. Después de todo, cuarenta mil reales de renta no es para tanto. Eso lo tiene cualquiera.

EVAR. Sí; si están por ahí tirados los hombres con cuarenta mil reales de renta... empezando por tí.

PEDRO Figúrate que los tiene en papel del Estado.

EVAR. Téngalos en lo que los tenga.

ALB. (Á Ángela.) (Aprieta tú, monina.)

EVAR. ¿Y la nobleza?

PEDRO No tenemos nada que envidiarle. Bien sabes que yo soy un Silva.

EVAR. ¡Un silbante!

PEDRO Y que en mi familia ha habido Ladrones.

DEOG. Poco les ha lucido.

PEDRO Ladrones de Cegama. Soy Cegama.

DEOG. Oye, respecto á eso no me achicas. Mi vista me dá derecho á usar el apellido.

ANG. No me convencéis. Todas las noblezas del mundo no le quitarán de encima los cincuenta años.

ALB. (Bendita sea tu boca.)

ANG. (A Alberto.) (¡Apoya tú!)

ALB. Ni con las leyes *Julia* y *Papia Poppea* se justifica este matrimonio.

EVAR. ¿Y á tí quién te mete? La diferencia de edades da mayor autoridad al marido. El

hombre debe ya estar maduro cuando se casa.

PEDRO Hija, pues éste es ya una breva.

EVAR. (A Pedro.) No me contradigas. ¿Será el primer matrimonio que se realiza en esas condiciones?

DEOG. Eso no. Yo conocí en Cuenca á un escribano que le llevaba á su mujer más de cuarenta años, y vivían muy felices. Sí que contaban malas lenguas que un pasante del marido tenía ó no tenía, y que el marido callaba ó no callaba; pero yo me hago el cargo de que á un pasante siempre hay que pasarle algo. Por más señas que...

EVAR. Y además, ¿sabemos si estará equivocada esa fe de bautismo?

PEDRO Difícil me parece en un documento de esa clase.

ALB. ¡Imposible!

DEOG. Se han dado casos. Me acuerdo, siendo oficial primero de Rentas en Almería, que me escribió Gómez, pidiéndome con un motivo igual su fe de bautismo, y resultó en ella con más edad que su padre. Buen bromazo, ¿eh?

PEDRO Pues es preciso averiguarlo. Tu puedes.

DEOG. A mí no me metáis en nada.

ANG. Sí, tío. Hazlo por mí.

ALB. Por nosotros.

EVAR. ¿No dices que tienes ese amigo que conoce á los Moscosos? Pues pregúntale. No hay que perder tiempo.

DEOG. Bueno, iré á ver á Recio. Haré más: voy á poner un telegrama á un párroco de Valladolid, á quien conozco, y otro á aquel Santiago que tuve de escribiente, y no sabía escribir, muy bruto, pero muy honrado... y con la contestación pagada, la nota de urgentísimos...

EVAR. Sí, anda, anda.

ALB. Toma el sombrero. (Dándoselo.)

ANG. Vuelve pronto. (Le empujan hacia la puerta.)

DEOG. ¡Ah! Veré también de paso á Moscoso y le diré lo que ocurre.

EVAR. No, hombre, no le digas nada; ¿y si no se confirma?.

DEOG. Ténlo por seguro; pero, en fin, os le enviaré para que le sonsaquéis con habilidad. Yo me encargo de todo. Y ahora que me acuerdo.. pues si tenía que ir á las Vistillas.

PEDRO Déjate de Vistillas, anda.

DEOG. Vaya, hasta luego. (Vase, acompañándole todos hasta el foro.)

ESCENA IX

DICHOS menos DON DEOGRACIAS

ANG. (Vuelve corriendo desde la puerta del foro.) ¡Ay, qué gusto! Mamá, déjame que te dé media docena de besos muy apretados, y á tí también, papá, y á tí, Alberto!

EVAR. ¡Niña!

PEDRO ¡Hija!

ANG. No, á Alberto un apretón de manos. Estoy más contenta...

PEDRO No te entusiasmes antes de tiempo. Figúrate que las fechas están equivocadas.

ALB. No sea usted pesimista.

EVAR. (A Alberto.) ¡Calla! ¿Qué haces con el sombrero en la mano? Parece que estás de visita.

ALB. Es que lo compré anoche. Me costó cuatro duros, ¡el café de dos meses! y cuando está el tío delante... como tiene esos prontos...

ANG. Bueno, pero quedamos en que si se confirma lo de los treinta años, decididamente se romperá con Moscoso. (A Pedro.)

PEDRO Eso á tu madre, que es la que protege la candidatura.

EVAR. Veremos.

ANG. No hay nada que ver; deshecho.

ALB. Podemos contar con que pertenece á la Historia.

EVAR. ¿Y á tí quién te da vela en este entierro?

ALB. ¿A mí? El interés de la familia, el cariño que Angela me inspira, el deseo de verla feliz é independiente.

EVAR. Ese cuidado nos incumbe á su padre y á mí...

ALB. Además el concepto altísimo que tengo del matrimonio... ¿Saben ustedes lo que es el matrimonio?

PEDRO (Ya lo creo. La barbaridad más gorda que se hace en la vida.)

ALB. El matrimonio es...

EVAR. No nos lo expliques... Está tu prima delante.

ANG. Sí, explícalo, explícalo.

ALB. El matrimonio es la piedra angular de la familia; es el *Crescite et multiplicamini* legal, como dijo el otro. *Conjunctio maris et feminae consortium omnis vitae divini et humani juris communicatio*. Ya ven ustedes.

PEDRO ¡Atiza!

EVAR. Déjate de francés... (A Pedro.) y vamos nosotros á pensar cómo salimos del compromiso cuando venga ese hombre.

PEDRO Tú te entenderás con él, yo me lavo las manos...

EVAR. Lávate lo que quieras... pero á tí te corresponde.

ANG. Si eso es muy sencillo. Con decirle es usted muy viejo y no nos conviene.

PEDRO ¡Claro! Y al oirlo se levanta...

ALB. Y se va...

PEDRO No; y me estampa la silla en la cabeza.

EVAR. Se guardará muy bien... ¡Le sacaba los ojos!

PEDRO Te creo... pero no se trata aquí de dar una batalla, sino de terminar decorosamente.

ALB. ¿Quiéren ustedes que le despida yo? (Timbre.)

EVAR. A tí es á quien vamos á despedir, si sigues metiéndote en lo que no te importa.

PEDRO La cosa es más difícil de lo que parece.

ESCENA X

DICHOS y JULIANA por el foro

JUL. (Anunciando.) El señor hijo del señor Barón. (Se levantan todos precipitadamente.)

PEDRO ¿Eh?

EVAR. ¿El señor Moscoso?
JUL. Sí, señor.
PEDRO Ni visto ni oído.
ANG. ¿Has mirado bien?
ALB. ¿Estás segura?
JUL. ¡Tóma! Como que está en el recibimiento. (¿Qué le pasa á esta gente?)
EVAR. ¿Pero por dónde ha venido ese hombre?
PEDRO ¿Y qué hacemos?
EVAR. Recibirle... no le vamos á dejar en la antesala. Dile que entre.
JUL. (Marchándose por el foro.) ¿Se habrán vuelto locos?

ESCENA XI

DICHOS, menos JULIANA

ANG. Yo vuelvo á mi cuarto, no debo estar presente, por si ocurre algo. (Vase izquierda.)
EVAR. (A Alberto.) Tú, lárgate á la cocina. ¡Cuantos menos bultos!...
ALB. (Marchándose por la derecha) (¡A la cocina un estudiante de derecho!)
PEDRO Y yo contigo.
EVAR. (Agarrándole por un brazo.) Tú te quedas.

ESCENA XII

EVARISTA, PEDRO, RICARDO y JULIANA, que después de anunciar vase

JUL. (Al foro.) Pase usted.
RIC. (Saludando afectuosamente.) Señora... Caballero... (A don Pedro.) Acabo de encontrar casualmente á su señor hermano político, don Deogracías, y me ha dicho que tenían ustedes que hablarme de asuntos de importancia...
EVAR. (Cortada.) De importancia precisamente..... (A don Pedro.) (¡Pero qué bien conservado está!)

PEDRO (¡Es rubio, no te fies!) Lo que es de importancia...

RIC. Bueno, pues sin importancia. Ustedes dirán.

EVAR. Tome usted asiento. (A don Pedro.) (Habla tú.)

PEDRO (A doña Evarista.) (Yo no despego los labios.) (Pausa.)

EVAR. ¿Pero ha visto usted qué día tan hermoso?

PEDRO ¡Hermosísimo!

RIC. ¡Pica el sol, pica! ¿Y Angela, cómo sigue?

PEDRO Precisamente de ella queríamos hablar á usted... nos tiene con cuidado la niña, ¿no es verdad? (A don Pedro.)

PEDRO ¡Con mucho cuidado!

RIC. ¿Se ha agravado la neuralgia?

EVAR. No es eso... Es una melancolía tan continua y tan profunda desde que se ha tratado del matrimonio...

PEDRO ¡Da lástima verla!

EVAR. Nosotros hemos pensado seriamente en la causa, y...

RIC. ¿Qué suponen ustedes?

EVAR. Nada en realidad... porque, aunque le hemos preguntado... ella no se explica.

RIC. Entonces...

PEDRO ¡Pero el ojo de un padre!

EVAR ¡Y el de una madre!

RIC. Bien, ¿y qué ven esos ojos?

EVAR. Repito que nada... pero usted no es una criatura, y puede hacerse cargo.

RIC. ¡Tal vez algún otro amor!

PEDRO No... de eso le respondemos á usted.

RIC. Yo tengo ya mucho mundo... y sé lo que pueden significar esas vacilaciones.

PEDRO (Ciertos son los toros.)

EVAR. (Con temor.) ¡Acaso la diferencia de edad!

RIC. Pero, señor... treinta años... no creo que sea para reparar... (Mirada significativa de doña Evarista á don Pedro.)

EVAR. Vaya... pues la salud de nuestra hija es lo primero.

RIC. No obstante... Háganse ustedes cargo de mi situación.... es muy delicada.

PEDRO Pues, ¿y la nuestra?

RIC. Sin embargo...

EVAR. Usted será bastante amable para suspender todo juicio prematuro... Nosotros observaremos... procuraremos enterarnos... insistiremos con Angela, si es preciso.

RIC. (¿Qué quiere decir esto?) (Pausa.)

PEDRO ¡Vaya, vaya, vaya! No es este calor propio de la estación, digan lo que quieran los termómetros.

RIC. (Visiblemente desconcertado, se levanta.) No molesto á ustedes más.

EVAR. Usted no molesta nunca.

RIC. A los piés de usted... Beso á usted la mano.

PEDRO (Le acompaña ceremoniosamente.) Juliana, abre á este caballero.

ESCENA XIII

DICHOS, luego ÁNGELA y ALBERTO, por las laterales

PEDRO (Volviendo.) Gracias á Dios que se fué... Yo sudaba tinta.

EVAR. No sé de qué serán esos sudores... Me has dejado llevar la voz cantante.

PEDRO Naturalmente... Ciertas cosas, en boca de una mujer, ofenden menos.

ANG. (Saliendo.) Roto, ¿eh?

PEDRO ¡Hecho añicos, hija!

EVAR. Ya estarás satisfecha.

ANG. ¡Qué buenos sois!

PEDRO Si hubieras presenciado la escena...

ANG. La he presenciado ahí, detrás de aquella puerta, y la he oído.

ALB. (Saliendo.) Y yo también desde aquí.

EVAR. ¿Tú también? Vaya, pues á ver desde dónde la han oído la criada y el gato.

PEDRO Está buena la casa para guardar un secreto. (Timbre.) Si te hubieras ido á la cocina, como te mandó tu tia...

ALB. Como allí no se guisaba nada y aquí sí... la impaciencia. . (Timbre repetido.)

EVAR. ¡Deogracias!

PEDRO Sí, tu hermano; no hay medio de confundirle.

ESCENA XIV

DICHOS y DEOGRACIAS, que entra arrollándolo todo. Se deja caer rendido en una butaca y se abanica con el sombrero

ALB. ¡Qué buen procurador hubiera hecho mi tío!

DEOG. ¡No puedo más! ¿Ha estado Moscoso?

EVAR. Sí.

DEOG. ¿Y qué?

PEDRO Ya está arreglado; mejor dicho, desarreglado.

DEOG. ¡Maldición! (Levantándose y paseando precipitadamente; todos le siguen.)

ANG. ¿Pues qué ocurre?

DEOG. ¡Que somos unos bestias!

PEDRO ¡Muchas gracias!

DEOG. Unos bestias, sí... no retiro la palabra... Más bestias que mi escribiente Santiago, que dió tratamiento de Excelencia á un zagal de la línea de Cáceres... ¡No lo olvidaré nunca! ¡No me lo perdonaré!

EVAR. Pero, vamos, ¿qué hay?

DEOG. Hay, que Moscoso, ese hombre de cincuenta años, ese partido que esta tontuela rechaza, ¡cuándo te verás en otra!... ¡así fueras hija mía que, aunque hubiese tenido cincuenta siglos, ya te habría arreglado!

EVAR. ¡Acaba por Dios!

DEOG. Pues Moscoso és el primogénito del Barón; heredero, por consiguiente, del título, de los cinco millones de la tía de Vizcaya y de los cuarenta mil reales de renta correspondiente á todos los hermanos... ¿Qué os parece? (Estupefacción general.)

EVAR. ¡Jesús!

ANG. ¡Ave María!

PEDRO ¡Caracoles!

ALB. (¡Pues, señor, no gana uno para sustos!)

EVAR. ¿Por dónde has averiguado eso?

DEOG. Porque ví á Recio... y por él he sabido... lo que ya debíamos saber. (Sacando los papeles.)

PEDRO ¡Nos va á volver locos á todos!

DEOG. Mirad... Partida de matrimonio del Barón en Enero de 1842... Partida de nacimiento de Ricardito en Diciembre del mismo año... Once meses.

PEDRO ¿Y qué?

DEOG. ¿Y qué? Que ni aun admitiendo que la Baronesa diese á luz exclusivamente sietemesinos, había tiempo para que tuviera dos hijos.

EVAR. A menos que...

PEDRO (A Angela.) Retírate, niña.

DEOG. A menos que nada... no seas bruto.

PEDRO Sin embargo... A ver tú, legista, ¿qué derecho tienen los hijos... qué... qué?

ALB. Enumeraré primeramente sus clases... Hay muchos, á saber... Naturales, adulterinos, incestuosos, espúreos, germanos, consanguíneos, manceres...

EVAR. (Interrumpiéndole.) Y tontos... Cállate y no nos marees... ¿Qué piensas de esto, Angela?

PEDRO ¡Qué quieres que piense aún de hijos la pobrecita!

EVAR. No digo eso... Hablo del matrimonio. El título y los cinco millones dan otro aspecto al asunto.

ANG. A mí no me preguntes. ¿Qué quiéres que te diga? Ya sabes que estoy dispuesta á sacrificarme por vosotros... ¿Si os parece que debe arreglarse otra vez?

ALB. (¡Arreglarse! ¡Oh, pérfida! ¡Si yo fuera Barón en estos momentos, aunque tuviera menos que Moscoso!)

PEDRO ¿Y de qué manera lo arreglaríamos, Deogracias?

DEOG. Vosotros que habéis armado este lío, sabréis el modo... Yo ni quito ni pongo rey.

EVAR. ¿Y por qué nos mandaste á Moscoso antes de saber nada fijo?

DEOG. Porque no me dió tiempo para otra cosa. Excusada es la pregunta... bien lo debías conocer. Ya vísteis que salí de aquí escapado... Pues bien... llego á la Puerta del Sol y me encuentro. (A Pedro.) ¿A que no aciertas

á quién? A la Casta, aquella asistenta que tuvísteis cuando el cólera... ¡El que nace para ochavo!... es tontería... Su marido era zapatero, se quedó tuerto y estropeaba todos los cortes; en cuanto tenía que trabajar por la izquierda, allá se le iba la cuchilla por los cerros de Ubeda. Se ha tenido que poner á albañil... la pobre mujer lloraba como una Magdalena contándomelo... porque es lo que ella dice... ¡en cuanto coja un andamio por el lado izquierdo, abajo va y se me queda hecho un sapo!

EVAR. (Reflexionando.) ¿Y si le escribiésemos una carta bien puesta, dándole explicaciones?

DEOG. ¿A quién?

EVAR. A Moscoso.

PEDRO Eso es...

DEOG. ¡Valiente arbitrio! Déjate de cartas... Estas cosas no se arreglan por escrito. Ahora mismo voy en su busca y os le traigo atado de pies y manos.

ANG. ¡Ay, tío, atado!

DEOG. Quiero decir satisfecho y conforme.

EVAR. Pero, ¿te crees tú capaz?...

DEOG. ¡Vaya!... En cuanto yo empiece á hablar...

PEDRO Tienes razón... Por no oirte...

DEOG. Pues andando... Ah, se me ocurre una cosa... ¿tenéis comida?

EVAR. Sota, caballo y rey.

DEOG. Pues pon otro par de naipes más y le convido. Son las dos. (Mirando el reloj.) A las seis ya puede estar preparado... No olvidéis el vino... Cuando la cabeza está caliente todo se olvida.

PEDRO Corriente... anda.

DEOG. ¡Ah! y no olvidéis tampoco el cubierto para mí, no me suceda lo que aquella vez en Piedrahita... que me dejaron debajo de la mesa.

EVAR. Ea... no hay que perder tiempo. (Dirigiéndose al armario saca dos delantales y entrega uno de ellos á Angela.) Cuatro horas se van en un soplo... Toma. (A Angela.) Pedro, dá una voz á la criada y ven á atarme el mandil.

PEDRO (Se acerca puerta foro.) ¡Julianaa!... ¡Julianaaa!... (Llamando.)

DEOG. (Que está dando vueltas de un lado para otro.) Pero, ¿dónde habré puesto el sombrero?

ALB. Cuidado con el mío. (Cogiéndole de sobre una silla.)

ANG. (A Alberto, indicándole que le ate el delantal.) ¡Quieres hacerme el favor!...

ALB. (Atando y apretando con fuerza.) (¡Si pudiera apretarte así la garganta!)

JUL. ¿Llamaban ustedes? (Saliendo.)

EVAR. Sí. (Yendo hácia ella y llevando tras sí á don Pedro que no ha podido aún atar las cintas.)

PEDRO Hija, aguarda.

EVAR. No tienes ya tino para nada. (A Juliana.) Encienda usted todas las hornillas.

JUL. ¿Para qué?

EVAR. Qne tenemos convidado.

JUL. Vaya un jaleo.

EVAR. Y prepárese usted para salir en seguida á comprar unas cosas. (A Alberto.) Tú, Alberto, apunta. (Vase Juliana foro.)

ALB. ¿A quién?

EVAR. Los encargos, no seas memo. (Alberto saca papel y lapiz; coloca el primero sobre la copa del sombrero y se dispone á escribir. A Deogracias, que después de haber encontrado su sombrero continúa buscando.) ¿Te marchas ó no?

DEOG. Si no sé dónde tengo el bastón.

PEDRO En la mano.

DEOG. Es verdad. Esta pícara vista... Hasta luego.

EVAR. (A don Pedro.) Pedro, saca los cubriertos de los días de fiesta.. los de *Chiristofle*. (Como suena. A Angela) Señora Baronesa, prepare usted manteles y servilletas y después á la cocina, que allá voy yo. (A Alberto.) Apunta.

ALB. Ya podía haber disparado. (Cada uno se dirige á hacer lo que Evarista ordena; movimiento general.)

DEOG. (Volviendo foro.) ¡Evarista!...

EVAR. ¡Otra vez!

DEOG. Que pongas entremeses.

EVAR. Vete, hombre, no seas posma.

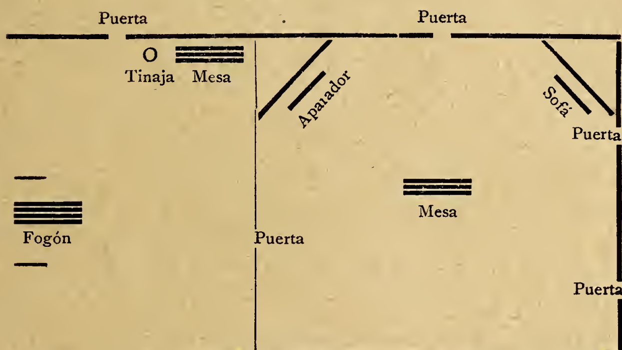
DEOG. (Volviendo.) Que no se te olvide el café. (Al marcharse Deogracias se encuentra con Alberto que está detrás naturalmente, y le hace el sombrero una tortilla.

ALB. ¡Tío! ¡El café de dos meses! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN



La escena aparece dividida en dos partes desiguales. A la derecha la cocina, á la izquierda el comedor, que se supone comunicar con las demás habitaciones de la casa.—Cocina: En el testero foro, frente al público, dos órdenes de vasares con platos, jícaras, tazas, botes, jarras, pucheros, etc.... Mesa de cocina bajo los vasares y sobre dicha mesa bandeja con vasos ó copas, dos paños blancos, jarras, pucheros y un colador. Junto á la puerta, tinaja con su correspondiente pié y tapadera, y jarro de zinc colgado. En las paredes peroles, cazos, brasero y demás utensilios propios del lugar. Los dos términos derecha van abiertos, y en el primero se ve un trozo del fogón, sobre el cual habrá varios pucheros y un molde de flán. Sillas de madera. Al foro, puerta con cortina. —Comedor: Tiene cuatro huecos. Derecha, comunicando con la cocina, foro, con el pasillo, y dos izquierda con las demás habitaciones; los cuatro van cerrados por cortinas. En el centro mesa capaz para seis cubiertos con su mantel á medio colocar al co-

mienzo del acto. Entre las puertas cocina y foro, aparador, encima vajilla compuesta á lo menos de tres docenas de platos entre soperos lisos y postres. Tazas, botellas, una con vino y otra con agua, frutero con frutas, conchas con entremeses, palillero, etc. etc. En los cajones, cubiertos, pan y servilletas bien planchadas y almidonadas para el juego escénico. Sofá y sillas de rejilla. Bodegones ó cuadros colgados.—Para mejor inteligencia de la decoración, consúltese el adjunto plano detallado.

ESCENA PRIMERA

EVARISTA, PEDRO, ANGELA, ALBERTO, JULIANA. Pedro en la cocina limpia una por una las copas, que va colocando sobre una bandeja. Angela limpia y prepara la vajilla en el comedor. Evarista le ayuda sin perjuicio de ir de un lado para otro inspeccionando todas las operaciones. Juliana atiende al fogón y á las indicaciones de los personajes. Alberto, en la cocina, sentado en una silla con un perol entre las piernas, está batiendo huevos

EVAR. (Poniendo el mantel. A Ángela.) ¡Tira un poco de esa punta, que arrastra por aquí!... Eso es... ve colocando platos y encima las servilletas. (Entrando en la cocina. A Alberto.) ¿Cómo van esos huevos?

ALB. (Levantando la cuchara.) Mire usted...

EVAR. Todavía no hacen hebra. (Volviéndose hacia Pedro)

ALB. (Así hicieran un cordel para ahorcarme ahora mismo.)

EVAR. (A Pedro.) ¡Sécalas bien, que no les queden lágrimas!

PEDRO Descuida... estarán todas sonriendo.

EVAR. (A Juliana.) ¿Cómo tienes las manos?

JUL. (Mal humorada.) Muy sucias, no me manden ustedes ahora nada.

EVAR. Digo las de ternera.

JUL. ¡Ah! ya... cociendo...

EVAR. ¿Y el *pudeng?* (Marcado.)

JUL. Yo no sé... Ya dije que no entendía eso... Aquí está, que parece el cocido que se lleva el aguador por las mañanas. (Dándole el flanero.)

EVAR. A ver, á ver. (Entrando al fogón.) No parece mal, y con las pasas...

PEDRO Sí, mujer, sí... con las pasas... pasará.

ALB. Tengo ya este brazo como un palo... vamos ahora con la izquierda.

JUL. (Que observa el juego.) No, que se corta, que se corta... (Gritando.)

ALB. (Asustado.) ¿Por dónde?

EVAR. (Acudiendo.) Que no se puede cambiar de mano... ¡Maldito!

ALB. ¡Ah! ¿Tengo que seguir con la derecha?

EVAR. ¡Claro! (Pasa al comedor.)

ALB. Pues, señor, para sacar á esto hebra, me voy á quedar yo como un hilo.

ANG. Ya está casi todo... mira.

EVAR. (En el comedor. Angela ha colocado las servilletas dobladas sobre los platos.) Estas servilletas no se ponen dobladas, (Coge una.) han de hacer una figura bonita.

ANG. ¿Qué figura?

EVAR. En pico... ¡como el gorro de dormir de tu padre, así! (Poniendo una exageradamente alta.—Angela ensaya también, y coloca todas las servilletas.)

ALB. (Se salpica la cara al batir, haciendo gestos.) ¡Me llené la cara... y vaya unas cosquillas que me hace!... ¡Tío, tío!

PEDRO ¿Qué hay?

ALB. ¡Límpieme usted la cara!... No puedo dejar esto.

PEDRO (Acude con la servilleta y le limpia.) ¿Chico... sudas huevo?

ALB. ¡Y sudaré tinta! (Don Pedro sigue limpiando las copas.)

EVAR. (A Angela.) Mira qué buen efecto hace. (A don Pedro, que se ha asomado.) ¿Eh?

PEDRO Parecen las cimas de los Alpes... Pero no nos vamos á ver unos á otros.

EVAR. ¿Crees que vas á comer con ellas así?... (A Angela.) Bueno... aquí ya falta poco que hacer... Echa una ojeada al fogón, no estropee esa algo... (Angela pasa á la cocina. Alberto, al verla entrar toma una actitud desdeñosa, batiendo con fuerza. En lo que sigue cambiará esta actitud según las indicaciones de la situación y los incidentes del diálogo.)

ANG. (¡Pobrecito!)

PEDRO ¡Con esto, y con que luego no venga el convidado!

EVAR. ¡Pues no ha de venir! ¡Bonito es mi hermano! Como le eche la vista encima...

PEDRO Falta que se la pueda echar.

EVAR. ¡Vaya, te digo que es capaz de traerle de los pelos!

ANG. (Que ha ido acercándose á Alberto.) ¡Primo!... (Pausa.) ¿Primo, te cansas?

ALB. ¡No! (Tengo el brazo como una maroma.)

ANG. ¡Cuánto siento que por mí!...

ALB. ¡La dignidad honra todas las profesiones! (¡Ingrata!) (Batiendo con fuerza.—Timbre redoblado.)

EVAR. Ya le tenemos aquí.

PEDRO ¡Juliana, que llaman! (Asomándose á la cocina.)

JUL. Ya lo he oído... pero no puedo dejar esto.

EVAR. La señorita estará al cuidado... Ande usted deprisa.

JUL. ¡Allá voy! ¡Qué jaleo! (Sale foro cocina.)

EVAR. (A Pedro.) Suelta esa cortina, por si vienen los dos. (Indicándole la de la puerta de la cocina.)

ESCENA II

DICHOS y DON DEOGRACIAS

DEOG. (Entra como siempre.) ¡Aquí estoy yo!

EVAR. ¿Qué hay?

PEDRO ¿Qué nos dices?

DEOG. ¡Dejadme respirar!

JUL. (Entrando foro cocina.—Á Ángela.) Su tío de usted.

ANG. ¿Sólo?

JUL. Solo. (Ángela pasa al comedor.)

ALB. ¡Solo! (Se acerca á la puerta del comedor y escucha.)

EVAR. ¿Viene ó no viene?

DEOG. Viene. (Alegría en todos los personajes menos en Alberto.)

ALB. ¡Viene! (Soltando el perol con fuerza sobre la mesa de la cocina y pasa al comedor.)

DEOG. Dentro de un cuarto de hora llegará... Trabajillo me ha costado... Estaba duro de pelar... pero he echado mano de toda mi elocuencia, y ya le tenemos más suave que un guante.

EVAR. (A Ángela.) Pues anda tú á arreglarte. (Vase pri-

mera izquierda.—A Pedro.) Y tú, ponte presentable para recibirle. Encima de la cama tienes la camisa y la levita. (A Alberto.) ¿Has concluído eso?

ALB. (Mal humorado.) Ya esta hecho un ovillo.

PEDRO (A Evarista.) ¿Te acordaste ayer de volver los pantalones?

EVAR. Ya los he vuelto dos veces. ¡Cómo no quieras que los ponga de canto! No seas posma. (Vase Pedro segunda izquierda.)

DEOG. Yo os ayudaré. Soy práctico en estas cosas. En vida de mi primera mujer dimos un convite al Director de la Deuda... que me hizo contraer algunas. Después, cuando me casé en segundas nupcias, dimos otro al Diputado del distrito, por cierto que éramos trece á la mesa... y vete tú á hacer burla de estas cosas y á decir que son preocupaciones... á los pocos días se quedó el Diputado seco, votando una ley de aguas... No se perdió nada, porque era cunero.

EVAR. Habla menos y haz algo. Anda, tráete las copas que están ahí en la cocina.

DEOG. Volando. (Va por las cpas.)

EVAR. Alberto, vé colocando los entremeses... que presenten un buen golpe de vista. (Se pasa á la cocina, coge el perol y se lo da á la criada.) Tome usted esto...

ALB. (Colocando los entremeses y comiendo de ellos.) Aceitunas... pepinillos... este parece la nariz del catedrático. (Se lo come.)

DEOG. (Entra en el comedor con la bandeja de las copas y choca con Alberto, que se hallaba de espaldas y se vuelve en aquel momento. Todas las copas se rompen. Estupefacción en los dos personajes.)

EVAR. ¿Qué es eso? (Viniendo al comedor.)

DEOG. Nada, que al volverse Alberto...

EVAR. ¡Jesús, María y José! Todas las copas rotas. (Asoman la cabeza Angela y Pedro por sus respectivas puertas; éste en mangas de camisa.)

ALB. Ha sido el tío.

DEOG. Has sido tú... ¿no tienes ojos?

ALB. Sí que los tengo, pero no veo por detrás.

PEDRO Y éste ni por detrás ni por delante.

ANG. Buena la habéis hecho. (Mutis.)

EVAR. ¡Que os lleve el diablo á todos! La culpa me la tengo yo por dejarte meter baza en estas cosas. (A Deogracias.)

PEDRO Evarista, no te sulfures; más hay de su casta que de la nuestra.

EVAR. ¡Déjame en paz! (Pedro hace mútis.) Recoja usted esos cacharros.

JUL. (Recogiéndolos.) Si llego á ser yo, se oye el escándalo en las Vistillas.

EVAR. (Ayudando á recoger.) No habéis dejado ni una sana.

ALB. ¡Si el tío tiene unos prontos!... Me ha dejado el hongo lo mismo que una seta.

EVAR. Y el caso es que no quedan más... Hay que ir á comprar en seguida. (Timbre. Juliana sale á abrir.)

DEOG. Déjalo de mi cuenta, yo iré.

EVAR. Tú, no, Alberto.

ALB. (Ahora las copitas... ¡Maldita sea mi suerte!)

EVAR. Ven, te doy dinero para que vayas en una carrera. (En este momento aparece en el foro la criada anunciando á Ricardo.)

ESCENA III

DICHOS y RICARDO, foro comedor

JUL. El señorito Ricardo.

EVAR. ¿Y le pasas aquí? Pero, mujer...

DEOG. Muy bien hecho... pues si es ya de la casa; adelante, Ricardo, adelante.

RIC. (Avanzando.) Por mí no gasten ustedes cumplidos... Señora... joven... (A Alberto.)

ALB. (Contestando con una inclinación de cabeza.) (¡Anciano!)

EVAR. Usted dispensará... ¡ay, no me mire usted, que estoy hecha un adefesio!

RIC. Usted está siempre lo mismo.

EVAR. ¿Eh?

RIC. Siempre bien.

EVAR. ¡Ah! (Marcado.) Pues con su permiso. (Desde el foro.) Pedro, que está aquí don Ricardo. Deo-

gracias le hará á usted compañía. Hasta ahora. (A Alberto.) Ven tú.

ALB. Beso á usted la mano. (Vanse foro comedor.)

ESCENA IV

DEOGRACIAS y RICARDO; después DON PEDRO y ANGELA, DOÑA EVARISTA, ALBERTO y JULIANA en la cocina

DEOG. ¿Ve usted lo que yo le decía?... Loquitos por usted.

RIC. Jé...jé. (Sonríe.) ¡Si su sobrina de usted está en la misma tesitura!...

DEOG. ¡En la misma, hombre! pero, siéntese usted.

PEDRO (Sale abrochándose el chaleco.) ¡Pero, señor, qué ancha se ha quedado esta levita! (Viendo á Ricardo se adelanta dándole ambas manos.) ¡Oh, don Ricardo! (Ricardo hace intención de levantarse.) No se moleste.

DEOG. (Empujándole por los hombros y obligándole á sentarse.) ¡Quieto!

PEDRO ¡Con que al fin tenemos el gusto de que usted nos acompañe á hacer penitencia! (Se sienta.)

RIC. Y muy honrado.

PEDRO Los honrados somos nosotros.

RIC. No, no.

PEDRO Permita usted.

DEOG. Bueno, sí, todos somos honrados.

PEDRO Pues, la verdad, tenía yo mis dudas de que accediese usted á venir... como esta mañana estuvo usted así... vamos, no sé cómo.

RIC. Yo, no.

DEOG. Malas inteligencias... Ya te dije yo que en hablando cuatro palabras todo se aclararía... Ricardo es un barbián. (Dándole en el hombro.)

RIC. Jé, jé, qué bromista.

PEDRO Vaya... vaya. (Sacando la petaca.) ¿un cigarrito? Son de cuarenta. (Ricardo toma un cigarro, luego Deogracias. Juego escénico. *En la cocina.* Salen doña Evarista y Alberto, foro.)

EVAR. (A Alberto.) Toma... Te vas al almacén de la esquina y que suban á escape una docena de copas de agua y otra de vino.

ALB. ¿De qué clase?

EVAR. Imitación de *Bacalá*. (Marcado.)

ALB. ¿Eh?... ¡Ah! de Bacarrat.

EVAR. Bueno... de eso, y no te separes de allí hasta que las traigan. (Vase Alberto foro. A Juliana.) Que esté todo listo.

JUL. Descuide usted. (Vase doña Evarista foro.)

DEOG (*En el comedor.*) No recuerdo haber fumado tabaco mejor que unas libras de contrabando que le traían á un amigo mío empleado en Hacienda.

PEDRO Pues éste no es malo.

RIC. Yo en picadura suelo fumar Vuelta abajo con Virginia.

PEDRO ¡Demonio!

DEOG. No me parece mala mezcla.

RIC. Nos le mandan directamente de América.

ANG. (Apareciendo.) Muy buenas... (Todos se levantan.)

RIC. ¡Encantadora Angela! ¿Se encuentra usted ya completamente bien?

ANG. Sí, muchas gracias. (Va á coger una silla.)

RIC. Aquí... estará usted más cómoda (Se sientan, colocándose Ricardo á la izquierda de Angela y Deogracias junto á don Pedro.) Ya tenía vehementes deseos de ver á usted... En mis dos últimas visitas he preguntado reiteradamente, me dijeron que no podía usted abandonar el lecho...

ANG. He estado muy fastidiada con la jaqueca.

RIC. ¡Pícaro padecimiento! Hubiera querido tenerlo yo por usted.

ANG. ¿Para qué?

RIC. Para que usted no sufriese... (Ricardo se va animando gradualmente.)

PEDRO (A Deogracias.) ¡Mira qué tortolos! ¡Qué buena pareja hacen los dos ahí!

DEOG. ¡Y qué mala la hacemos nosotros aquí!

RIC. Ya me han dicho sus papás... colmando mis deseos, que...

DEOG. ¿Arde usted, Ricardo? (Pidiéndole fuego.)

RIC. (Alargando el cigarro por delante de Angela.) Con su permiso. (Deogracias enciende y da el cigarro de Ricardo á don Pedro, que enciende á su vez; después se lo entrega á Ricardo.)

RIC. (A Angela.) ¿Le molesta á usted el humo?
ANG. No, señor; estoy acostumbrada.
PEDRO No hay cuidado, que no se le caerá el colorete. Todo lo que usted ve, es natural.
RIC. No quiero decir eso. (Pedro, que ha pasado maquinalmente el brazo por el respaldo de la silla de Deogracias, juguetea con el cigarro, repiqueteando en la madera. Deogracias, que ha observado este juego, de pronto da un manotazo en el cigarro, quemándose.)
DEOG. ¡Cáscaras!
PEDRO ¿Qué haces, hombre?
DEOG. ¡Estos malditos ojos!... Se movía una cosa así...
PEDRO Pues me has dado un manotazo regular.
ANG. ¡Ja, ja, ja... tiene gracia!
RIC. Sí que la tiene.
EVAR. (Segunda izquierda, exageradamente compuesta.) Dispensen ustedes que les haya hecho esperar... pero la dueña de una casa no tiene un momento libre.
PEDRO (Mirándola.) ¡Cómo se ha puesto! ¡Parece una cucaña!
EVAR. ¡Sentadse! (¿Ha venido Alberto?) (A Pedro.)
PEDRO No sé.
RIC. (A Angela.) Pues, como decía antes, sus papás...
DEOG. (A Ricardo, cerca del cual se ha sentado.) ¿Y qué tal los fondos?
PEDRO Creo que suben.
EVAR. Pues no han llamado.
PEDRO Son los fondos, mujer.
RIC. No, señor; bajan.
EVAR. (A Pedro.) (Mira si ha subido Alberto... puede que esté en la cocina.) (Pedro se levanta y vase foro comedor.)
DEOG. ¡Cómo se están poniendo los valores!...
RIC. Por el suelo. (A Angela.) ¡No puede usted imaginarse cómo salí antes!
DEOG. Conozco á una señora viuda... ayer precisamente la ví... Está loca... No ha podido realizar una buena jugada con el Interior hace...
PEDRO (Entra foro comedor. A Evarista.) (No ha venido.)
EVAR. (A Pedro.) ¡Qué cachaza! Pues no podemos comer sin las copas...

RIC. (A Angela, continuando la conversación interrumpida.) Cuando se acaricia una ilusión y de pronto se desvanece...

DEOG. (A Ricardo, cogiéndole del brazo.) Pues, oiga usted, tengo otro amigo que dice que en cuanto el papel se ponga á 10, va á empapelar la casa con 4 por 100.

RIC. ¡Qué pesadez de hombre! (A Angela.) Pero su amor de usted me hace olvidarlo todo... porque crece por días, por horas, por minutos, por instantes, contemplando esas gracias seductoras... ¡Ay, Angela! (Suspira.)

ANG. (Temblando estoy que entre Alberto...)

DEOG. Pero qué, ¿no se come en esta casa? (Mirando el reloj.) Ya me parece que es hora.

EVAR. (¡Que no te llevaran los demonios!)

DEOG. Tengo un hambre... ¿y usted, Moscoso?

RIC. Confieso que también.

EVAR. (A Pedro.) (¿Qué hacemos?)

PEDRO (A Evarista.) Tú verás.

EVAR. (Aguarda.) No sabemos si estará la comida. (Asomándose á la puería de la cocina.) ¡Juliana! ¿Está la comida? (Haciéndole señas negativas, que Juliana no entiende.) ¿Que si está la comida?

JUL. Pasándose hace media hora.

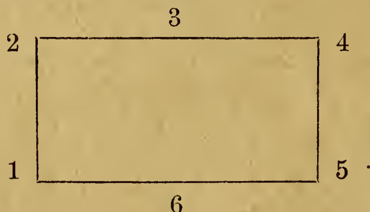
EVAR. (¡Torpe!)

DEOG. Vaya, pues á la mesa.

PEDRO (A Evarista.) No te apures... mientras comemos la sopa, está ese de vuelta... no puede tardar.

EVAR. (¡Qué sofoco!)

DEOG. Tú dirás la colocación.



EVAR. Usted aquí, Moscoso. (Núm. 3.) Tú aquí, niña. (Núm. 2.) (Y no pidas agua ni vino.)

PEDRO — Yo me colocaré aquí. (Tratando de sentarse en el núm. 4.)

RIC. — Voy á estar á la derecha del padre...

EVAR. — No, señor; á la derecha de la madre, porque tú te sientas allí. (Indicando á Pedro el núm. 1.)

DEOG. — Yo á tu lado, ¿eh? ¡Las familias deben estar unidas! (A Evarista. Ocupa el núm. 5.)

EVAR. — (A Deogracias.) No se te ocurra pedir de beber... no han llegado las copas... si tuvieras un poco de paciencia.

DEOG. — (¡Toma! Se me olvidó.)

EVAR. — (Sentándose.) Juliana, la sopa. (Juliana entra con la sopera humeante.)

DEOG. — ¡Alabado sea Dios!

RIC. — ¿Y su sobrino, no come con nosotros?

DEOG. — Está castigado.

PEDRO — No debe tardar.

DEOG. — Ha ido á...

EVAR. — A unos asuntos. (Pisándole por debajo de la mesa. Sirve sopa á todos, empezando por Ricardo, que pasa su plato á Angela. Juego escénico.)

DEOG. — (Abrasándose con la primera cucharada.) ¡Demonio!

PEDRO — Está para esperar huéspedes. ¡Ay, usted perdone! (A Ricardo.)

EVAR. — ¡Qué cosas dices! Gracias á que Ricardo es de la casa.

RIC. — Sí, yo soy como de la casa. (Pausa durante la cual todos comen repiqueteando las cucharas en los platos. Deogracias hace continuos gestos indicando quemarse.)

EVAR. — (¡Y ese mastuerzo, sin venir!) (A Ricardo.) ¿Le gusta á usted la sopa?

RIC. — Está exquista.

DEOG. — Y calentita.

EVAR. — Esta criada que tenemos ahora es una especialidad para los purés.

RIC. — Papá tuvo una vascongada que los sabía hacer de cuarenta y siete maneras.

DEOG. — ¡Ah! Esas vascongadas son casi todas notabilidades culinarias; preparan unos platos que materialmente parecen porquerías... y luego tan ricos.

PEDRO — (Que ha concluído la sopa.) Si quieres ver á tu marido gordito... (A Evarista.)

EVAR. (Le pega un pisotón por debajo de la mesa.)

RIC. (A Pedro.) Concluya usted el refrán. Si quieres ver á tu marido gordito... (Pasa Juliana á quitar platos y sopera.)

EVAR. (Interrumpiéndole.) Dile que no sea hablador. Un pepinillo. (Ofreciéndoselo á Ricardo.)

DEOG. (Que dan sed.) (Evarista retira el plato antes de que Ricardo se sirva.)

ANG. (Tengo la boca seca.)

RIC. (Mirando á todos lados.) (¿Dónde estarán las copas?)

EVAR. Juliana, otro plato. (Juliana pone platos limpios, cubiertos, etc., y sirve el segundo plato.)

PEDRO. (A Ricardo.) Como le consideramos á usted de confianza, no hemos querido hacer variación en la comida.

RIC. Perfectísimamente; si á mí me gusta todo, soy capáz de comer piedras.

DEOG. Dios le conserve á usted la dentadura.

EVAR. (A Angela.) ¡Pero te has quedado muda, Angela!

ANG. No, mamá; sino que (se me pega la lengua.) (Sirve Juliana el segundo plato.)

PEDRO Callos; la especialidad de mi mujer; los aprendió á guisar en casa de un zapatero de Chiclana. ¡Ya verá usted qué ricos! (Evarista hace plato á Ricardo.)

RIC. (Pasando su plato á Angela.) ¡Angela!

ANG. Mil gracias, pero no se moleste usted por mí.

RIC. No es molestia... Los derechos del bello sexo son indiscutibles.

DEOG. (A Evarista.) Ponme chorizo.

EVAR. (A Pedro.) ¿Tienes tú callos?

PEDRO Sí, hija; ya lo sabes, cuidadito con los piés, que veo las estrellas.

EVAR. Te pregunto de estos, no hagas chistes.

DEOG. (Comiendo.) (¡Aprieta! Este chorizo es capáz de levantar las pirámides de Egipto. ¡Cómo pica!)

PEDRO (Esto parece engrudo de papelistas.) (Pausa.)

DEOG. Ejem... ejem.. (Atragantándose y haciendo esfuerzos que asustan á los demás personajes.)

PEDRO ¿Qué es eso?

EVAR. ¡Que te ahogas! (Dándole golpes en la espalda.)

ANG. ¡Tío!

PEDRO ¿Se te ha ido por el otro conducto?

DEOG. (*Más tranquilo.*) No, es que me había tragado la cuerda del chorizo. (*Sacando de la boca un trozo de bramante.*)

RIC. (*Sin poder comer.*) ¡Pero estas gentes son como las perdices, que no beben!

ANG. (No puedo más.)

EVAR. (*A Ricardo.*) ¿Pero no come usted, Ricardo?

RIC. Sí, señora...

DEOG. (No hago más que acordarme de San Isidro cuando sacó agua con la reja.)

EVAR. (*Mirando á todos.*) ¡Qué caras! ¡lo que deben sufrir! Pero, ¿dónde se habrá metido ese Alberto?

PEDRO (Tengo en la garganta una pared maestra.)

EVAR. No sé si pecaré de indiscreción haciéndole á usted una pregunta.

RIC. De ningún modo, señora.

EVAR. Por pura curiosidad; como nunca se ha ocurrido hablar de ello.

RIC. Usted dirá.

EVAR. Nada... una tontería... ¿Es muy antiguo el título de papá?

RIC. Ya lo creo... de los más antiguos... Data de las Cruzadas.

PEDRO ¿El papá estuvo en ellas?... ¿Quiero decir, los ascendientes?

RIC. No lo sé á punto fijo.

EVAR. ¿Y qué categoría lleva el título consigo?

RIC. La grandeza de España de primera clase. (*Movimiento general de satisfacción.*)

PEDRO (Pasó la bola.)

EVAR. (¡De primera clase!) (*A Angela.*) Niña, pero qué sosa estás; ¡ofrece aceitunas á Ricardo! (*Juliana recoge platos y la fuente de los callos.*)

DEOG. ¡Es un bonito título!

EVAR. Capricho ha sido en usted hacerse abogado.

RIC. Se empeñó papá, porque como ha tenido muchos pleitos...

PEDRO ¿Empezó usted la carrera muy joven?

RIC. A los diez y ocho años; pero he tenido muchas interrupciones y no la he concluído hasta hace tres.

DEOG. (¡Qué bárbaro!... treinta y dos años cursando leyes.) (*Angela ofrece más entremeses á Ricardo.*)

ANG. Más salchichón.

EVAR. Y otro pepinillo. Ofréceselo, Pedro...

DEOG. ¿Y los demás hermanos, han seguido también la carrera?

RIC. Todos la misma, excepto el primogénito Luis, que prefirió la de las armas y ahora es capitán de caballería. (*Estupefacción general. Angela retira el salchichón. Pedro las aceitunas que estaba ofreciendo. Evarista deja caer el tenedor sobre el plato, y á Deogracias se le atraganta la comida.*)

EVAR. ¡Ah! ¿El primogénito? (*Signo de asentimiento de Ricardo.*)

PEDRO ¿Pero ese primogénito es mayor que usted?

RIC. ¡Je, je! Naturalmente.

DEOG. ¿Y hereda el título?

RIC. ¡Je, je! Naturalmente.

EVAR. (¡No es Barón!) (*Se desmaya.*)

RIC. Señora, ¿se siente usted indispuesta?

EVAR. (*Con sequedad.*) Sí, señor.

RIC. Un vaso de agua.

EVAR. (*Rápido.*) No. (*Se oye el timbre.*) (¡Ahí está Alberto!) (*Llamando.*) ¡Juliana! ¡Juliana!

JUL. (*Entra llevando otro plato que será de jamón.*) Señora aquí está el otro plato.

EVAR. No llamábamos para eso. Salga usted á abrir y traiga inmediatamente copas...

JUL. ¿Que traiga?... (*Sin comprender.*)

EVAR. Sí. (*Marcado.*) Las que están ahí en la antesala... en un cesto con paja.

JUL. ¡Ah! (*Vase foro.*)

PEDRO Tranquilízate, mujer, un olvido lo tiene cualquiera.

EVAR. Es que con mi carácter estas cosas me ponen... (*Sirviendo á Ricardo.*) Jamón.

DEOG. (La comida es á propósito para tirarse á un estanque de cabeza.)

ESCENA V

DICHOS y ALBERTO y JULIANA foro cocina

JUL. (Con el cesto de las copas.) Vamos á sacarlas en seguida. ¡Cuánto ha tardado usted!

ALB. Si no encontraba mozo. ¿Han empezado á comer? (Tratando de desatar la cuerda que ata el cesto.)

JUL. Ya están concluyendo.

ALB. ¿En seco?

EVAR. Juliana, ¿vienen esas copas?

PEDRO (Para chasco que no sea Alberto)

JUL. (Asomándose.) Las estamos...

EVAR. Tráigalas usted como estén.

JUL. Pues allá van. Esta señora es un cohete. (Quita el cesto á Alberto y se entra en el comedor con él. Alberto la sigue.)

ALB. Que aproveche.

EVAR. ¿En el cesto?

ALB. No he podido deshacer los nudos.

PEDRO Se cortan. (Cogiendo un cuchillo, corta los nudos.)

ANG. (Gracias á Dios que vamos á beber.)

RIC. (Cómo cuida esta gente la cristalería.) (Alberto, Pedro y Juliana sepultan las manos en la paja)

DEOG. La paja nó la saques.

EVAR. Vamos. (Saca cada uno de ellos un tubo, que hacen ademán de llevar á la mesa, deteniéndose sorprendidos.)

PEDRO ¿Qué es esto? (Deogracias coge un tubo y la botella del agua, vertiendo ésta por uno de los extremos y deteniéndose sorprendido al ver que cae por el otro.)

JUL. ¡Un tubo!

PEDRO ¡Y otro!

JUL. ¡Y otro!

DEOG. ¡Una batería!

ALB. (Estupefacto, y mirando dentro de la cesta.) ¿Tubos? (Pedro, Deogracias y Angela sueltan la carcajada, que contrasta con el aire furibundo de Evarista.)

RIC. (Al ver la risa de los personajes.) ¿Qué significa esto? (Continúan sin poder reprimir las carcajadas. A Deogracias le atacan continuas arcadas de hipo.)

EVAR. (A Deogracias.) ¡Acaba con tu hipo, que me pones nerviosa!

DEOG. No puedo. (Continúa.—Ricardo concluye por soltar la carcajada.)

EVAR. (A Ricardo.) ¿También tiene usted ganas de risa?

RIC. Señora... (Ya me va á mi cargando esta gente.)

DEOG. ¡Evarista!

EVAR. ¡Déjame en paz! De mí no se ríe nadie.

RIC. (Levantándose.) Bueno, pues ya que se pone usted así... Conste que yo he venido á esta casa solicitado por ustedes y descendiendo...

EVAR. ¿Cómo descendiendo? ¿Oyes, Perico?

RIC. (Con dignidad.) Descendiendo hasta olvidar cómo se me recibió la última vez... pero no para que me maten de sed, siendo blanco de bromas indignas que me ofenden sin ser acreedor á ello.

EVAR. ¿Qué dice usted?

RIC. Lo dicho. Que ustedes lo pasen bien. Señora... caballero... señorita... (Yéndose foro.) Esto es un manicomio.

EVAR. ¡Vaya usted con Dios! (Juliana le sigue para abrir.)

ESCENA VI

DICHOS menos RICARDO

(Pedro se dirige silenciosamente á la cocina.)

EVAR. (Volviendo al centro de la escena.) ¡Habrase visto!

DEOG. (Encaminándose también á la cocina.) ¡Ya, ya!

EVAR. (A Angela.) ¡El demonio del hombre!

ANG. (Marchando hacia la cocina.) Parece mentira. (Todos los personajes han hablado rapidísimo, pásando á la cocina á escape.)

JUL. (Foro.) Ya se fué.

EVAR. Vaya bendito de Dios. (Pasando hacia la cocina. En la cocina todos han ido apoderándose de los cacharros que encuentran más á mano, sacando agua de la tinaja y bebiendo ansiosamente.) Puede que crea ese caballete que bebíamos en jarro.

DEOG. Y en cubo; en cualquier cosa. Si tarda cin-

co minutos más en marcharse rabio. (A Evarista) Toma, bebe tú.

EVAR. Buena falta me hace, porque me va á dar un ataque á la cabeza.

ALB. (En el comedor, examinando la mesa.) Estaban en el jamón. Todavía pesco yo algo. (Toma entremeses y pan.)

JUL. No tenían ustedes poca sed.

ANG. Qué rica es el agua.

DEOG. Pues, señor, ahora que estamos bebidos, á ver si desciframos este logogrifo. (Sacando los papeles del bolsille. Van pasando los personajes al comedor.)

EVAR. Antes vamos á descifrar otro. (A Alberto.) Eso es; tú, comiendo tan tranquilo, ¡tragón! después de la vergüenza que nos has hecho pasar.

ALB. ¡Toma, y yo qué culpa tengo!

PEDRO ¿Pues quién ha ido á la tienda?

ALB. Metieron las copas delante de mí, pero salí á que me diesen un planchazo al sombrero, y al volver, como había otros encargos, sin duda hemos cambiado el cesto.

ANG. Es una equivocación muy fácil.

ALB. Pues si tomamos otro que estaban llenando de vasos...

EVAR. Ese es el que debías haber traído.

ALB. Eran nocturnos, tía.

EVAR. ¡Imbécil!

DEOG. Vaya, dejad eso, y vamos á ver si desenmarañamos esta madeja. (A Pedro.) Porque, como tú decías, no se explica que habiéndose casado...

PEDRO En buena familia nos íbamos á meter.

EVAR. Venid al gabinete y hablaremos con más libertad.

JUL. ¿No acaban ustedes de comer?

EVAR. Déjanos de comida, come tú.

DEOG. Vamos á repasar otra vez los papeles letra por letra, á ver si nos dan alguna luz. Tengo mi amor propio empeñado en deshacer este enredo.

EVAR. ¡Aunque no hubiéramos conocido á ese hombre!.. (Vanse hablando segunda izquierda.)

ESCENA VII

ANGELA y ALBERTO

ANG. (Después de mirar á Alberto significativamente.) Alberto mío, creo que por fin...

ALB. Calla, y no agraves tu infame conducta con la audacia de... (Comiendo.)

ANG. Alberto...

ALB. ¡Cállate, repito!

ANG. Pero, hombre, ¿por qué te pones así?

ALB. ¿Y tú me lo preguntas? Tú, que después de romper con Moscoso te dejas luego deslumbrar por el falso brillo de añejas ejecutorias; tú, que no vacilas en matar un corazón por ceñirte una diadema; tú, que me conviertes en mandadero y portador de las copas donde mi rival libe. (Sin haber dejado de comer.)

ANG. ¿Qué querías, que libase en tubos de quinqué? (Risueña.) Y eso que á mí no me la dás. El cambio le has hecho á propósito. Tú eres muy pillo.

ALB. (Halagado.) ¡Cómo me conoces! (Ni se me había pasado por la imaginación.)

ANG En fin, lo principal es que ya ha concluído todo.

ALB. Pero, ¿por qué ha sido? ¿Por el lío que hay en la familia de ese odioso hidalgüelo.?

ANG. Y sabes que yo tampoco lo entiendo.

ALB. Yo sí.

ANG. Pues explícamelo...

ALB. No puede ser...

ANG. ¿Por qué?

ALB. Por que no puede ser... no insistas.

ANG. Anda, dímelo...

ALB. ¡Qué pesada te pones! (Pensando.) Vamos á ver... Suponte que yo hubiese ganado dos años en uno... ¿En qué consistiría?

ANG. En que te habías matriculado y estudiado los dos.

ALB. No... el caso está, en que no me hubiera matriculado más que en uno.

ANG. Entonces... como no hubieses cursado uno de ellos antes...
ALB. Pues ahí está... la madre de Moscoso.
ANG. ¡Cállate!... no quiero saberlo.
ALB. Y por eso.
ANG ¡Que te calles! (Tapándole la boca, Alberto le coge la mano.) Suéltame la mano.
ALB. ¿No quieres que hagamos las paces? Permíteme que estampe en esta manita un ósculo de paz.
ANG. ¿Estás loco? Y si salen y te ven...
ALB. Bien merecen esta recompensa lo malos ratos que me has hecho pasar...
ANG. (Tratando de desasirse.) Que no... mira que llamo á mamá.

ESCENA VIII

DICHOS. DOÑA EVARISTA, DON PEDRO y DEOGRACIAS segunda izquierda.

EVAR. (Hablando al paño.) ¡Angela! ¡Angela!
ANG. ¿Ves? ¡Mamá! (Separándose de Alberto.)
PEDRO ¡Niña!
EVAR. (Saliendo con Pedto y Deogracias.) ¿Sabes que ya se ha descifrado el enigma?
ANG. ¿Sí?
PEDRO Eran gemelos... ¿Estabas hablando de eso con tu primo?
ALB. Sí... de eso hablábamos.
EVAR. ¿A que no habías caído aún?
ALB. No... pero quizás á fuerza de hablar...

ESCENA IX

DICHOS. JULIANA, foro comedor con un telegrama.

JUL. (A Deogracias.) Señorito, su criada de usted acaba de traer esto. (Le dá el telegrama y vase.)
DEOG. La contestación á los telegramas.
PEDRO A buena hora mangas verdes.
EVAR. A ver, á ver. (Deogracias lée para sí.)

DEOG. ¡Esto es para desesperarse! El cura es un asno... Santiago es un asno, todos son unos asnos.

PEDRO ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

DEOG. Que la familia de Moscoso me va á hacer perder el juicio.

EVAR. Pero, explícate.

ALB. (¡A que le traen todavía á comer el principio!)

DEOG. Allá voy... ¿Recordáis los dos telegramas que puse al cura y á Santiago?... Pues aquí están las contestaciones, atad cabos. (Leyendo los telegramas.) El cura. «*Deogracias Quilez.—Madrid, etc... Luis, Enrique, Eduardo, César.*»

PEDRO ¡Aprieta! Decíamos que gemelos... Son una botonadura.

DEOG. Es uno mismo... Calla. (Leyendo.) «Luis, Enrique, Eduardo, César nació 30 Enero 44.»

PEDRO ¿Del 44?

DEOG. Aquí lo tienes bien clarito... Ahora Santiago: (Lée.) «*El primogénito usted dice veinte años menos Ricardo hereda título. No entiendo jota.*» (Hablado.) ¡Ni yo tampoco, animal!

PEDRO Tranquilizaos y vamos á ver si discurrimos.

DEOG ¿Qué vas á discurrir con esas gentes cuyos hijos mayores son más jóvenes que los menores.

PEDRO (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ya está!

ANG. (¡Ay, Dios mío!...)

ALB. ¿Qué? ¿ha dado usted en el quid?

DEOG. ¿Lo has acertado?

PEDRO Ya está, repito... ¿Cómo aparece que se llama el Barón?

EVAR. ¿El padre?

PEDRO Sí.

DEOG. Espera... Venga la partida de matrimonio. (Se la entrega D. Pedro.) (Leyendo) «Ricardo...» lo mismo que el hijo.

PEDRO ¡Claro! Esa partida de bautismo es del padre.

EVAR. Es verdad, mira qué cosa más sencilla...

DEOG Tienes razón.

PEDRO Del padre que contrajo matrimonio... que contrajo matrimonio...

DEOG. Eso es... dos años antes de nacer.
PEDRO ¿Cómo?
DEOG Se casó en Enero del 42 y nació en Enero del 44.
PEDRO ¿Entonces qué partida es ésta?
DEOG. Una partida serrana.
PEDRO Si no pertenece al padre ni al hijo...
ALB. Será del Espíritu Santo.
DEOG (Furioso.) ¡A mí ya no me cargan más! Ahora mismo voy á ver á Moscoso, y si no me lo explica todo satisfactoriamente, le pego.
EVAR. ¡Qué aristocracia! (A Alberto.) ¿Y á tí que estás ahí como un poste, no se te ocurre nada?
ALB. ¿Quiere usted que tome un apunte para preguntar en clase?
PEDRO ¿En clase? Con que si mañana por un asunto así tuvieras un pleito...
ALB. Le perdía.
ANG. Y después de todo ¿qué nos importa ya?...
DEOG. ¡A mí sí! No me ha sucedido semejante cosa desde el lance aquél, cuando el sereno de mi calle.

ESCENA X

DICHOS, JULIANA foro, con otro telegrama

JUL. Señorito, otro parte.
DEOG. ¡Otro! (Vase Juliana.)
PEDRO Chico, ni el director de Correos.
DEOG. Vamos á ver. (Abriéndole.) Del cura. (Lee.) *Nuevos informes permiten desvanecer dudas. Primer hijo Ricardo de él partida remitida por equivocación; nacido año cuarenta y dos, muerto edad seis meses. Segundo hijo hoy primogénito Luis nacido cuarenta y cuatro. Cuarto hijo Ricardo que reside ahí, nacido mil ochocientos sesenta y dos.* ¡Gracias á Dios!
EVAR Pues yo no lo entiendo todavía.
PEDRO Ni yo tampoco. ¡Tenemos un lío de Moscosos en la cabeza, que ya, ya!

DEOG. Nació en mil ochocientos sesenta y dos... *ergo* tiene treinta años.

ALB. (*Ergo* esto se vuelve á poner feo.)

EVAR. ¡Ah! Tiene treinta años.

PEDRO Eso es. Los cuarenta mil de renta y nada de título como segundón.

DEOG. No, como cuarterón; es el cuarto hijo.

EVAR. Si ya decía yo que no representaba más. Es un buen partido.

ALB. (Me partieron.)

EVAR. Si la cosa pudiera volver á arreglarse... Tú, Deogracias, irías y...

DEOG ¿Yo?.. Pero vosotros os habéis figurado que yo soy algún mandadero de monjas? Primero que vaya y le diga que no; luego que vuelva y le diga que sí, y después otra vez que no, y después otra vez que sí. ¡Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo vuelvo á meterme en lo que no me importa!

EVAR. (A Angela.) ¿Qué te parece, niña?

ALB. (Aparte á Angela.) Si te ablandas me tiro por el Viaducto.

PEDRO Yo opino...

ANG. No opines nada, papá. Había cedido por consideración y por cariño hacia vosotros... pero violentando mis sentimientos... porque mi corazón no me pertenece.

EVAR. ¿Que no te?.. ¿Pues á quién?

ALB. A este abogado.

EVAR. ¡Tú! (Asombrada.)

PEDRO ¡Muchacha! ¿Qué me cuentas?

ALB Que Angela y yo nos amamos hace mucho tiempo.

EVAR ¿Sin nuestro permiso?

ALB. ¿A quién se lo pidió usted para enamorarse de mi tío?

PEDRO (A Deogracias.) ¿Qué te parece?

DEOG. Al fin primos.

EVAR. ¡Vaya una locura!

DEOG. Creo que no hay motivo para oponerse. Al menos de éste conocemos la partida de bautismo.

EVAR. ¡Que no hay motivos! ¡Esas relaciones sin nuestro consentimiento son ilícitas!

DEOG. ¡Hombre, eso de ilícitas!..
PEDRO Tiene razón. ¿Qué puedes tú ofrecer á la niña?
ALB. Tanto como Moscoso; es decir, más. Un verdadero título... el de Licenciado. (Si antes no me revientan en las asignaturas.)
EVAR. Pues Licenciado ó no, nosotros no damos nuestra licencia.
DEOG. Vamos, hermana; á lo hecho pecho.
ALB. (Suplicante.) ¡Tía!..
ANG. ¡Mamá!..
EVAR. ¡Que no!
ALB (A Pedro.) ¡Tío!..
PEDRO ¡Páseme usted el río! Yo no toco pito.
ANG. ¡Pues casada con mi primo... ó monja!
DEOG. Ya lo oyes. Vas á contrariar su vocación. Va á ser una monja boba.
EVAR. ¡Sí, boba!.. (Después de dudar.) Sea. Cásate con tu primo, puesto que lo quieres.
PEDRO Y que Dios os haga muy felices.
ALB. Vaya, si nos hará. Porque este matrimonio... verdadera *conjuntio maris et feminæ*...
PEDRO Sí, ya nos lo has dicho antes. (Tapándole la boca. Timbre.)

ESCENA XI

DICHOS y JULIANA, foro

EVAR. ¡Llaman!
ANG. Vaya en qué momentos.
PEDRO Cualquier visita importuna.
EVAR. ¡A propósito está una
para andar con cumplimientos!
JUL. (Entrando.)
Dos señores...
EVAR. (Interrumpiendo con viveza.) Vamos, dí.
JUL. Que me preguntan, muy finos,
si podrían...
PEDRO (Interrumpiendo.) Los padrinos
de Moscoso.
DEOG. (A Pedro.) Para tí.
PEDRO ¡Para el demonio! ¿Yo acaso?..

DEOG. Anda...
PEDRO ¡Que no los recibo!
¡El novio! (A Alberto.)
ALB. ¡Cá, yo me *inhibo!*
DEOG Voy yo á sacaros del paso. (Vase foro.)
ANG. ¡Qué disgusto!
EVAR. ¡Un desafío!
PEDRO (Aterrado.)
¡Mujer, calla!
EVAR. ¡Y con mi hermano!
ANG. (Con energía á Alberto.)
¡Mátale tú!
ALB. (Si está sano
hasta que yo)...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DEOGRACIAS entrando por el foro.

EVAR ¡Hermano!
ANG. ¡Tío!
DEOG. No te asustes, que no es nada ..
EVAR. (Interrumpiendo.)
Pero, dime...
DEOG. Esos señores...
ANG. ¿Quiénes son?
DEOG. Pues los autores,
que piden una palmada.

TELÓN

NOTAS

1.ª Para mejor inteligencia y facilidad de los actores que representen los personajes de Deogracias y Ricardo Moscoso, conviene dar algunos detalles sobre sus caracteres.

Deogracias.—Extremadamente corto de vista y vivo de genio, anuncia siempre sus entradas en escena con repetidas llamadas de timbre (que timbre habrá de ser y no campanilla), y arrolla cuanto encuentra á su paso. Figura no querer intervenir en nada é interviene en todo; habla sin dejar meter baza, contando historias que habrán de cortarle los demás personajes.

Ricardo Moscoso.—Rubio, caracterizado de manera que no pueda definirse su edad, base de la equivocación entre los treinta y cincuenta años. Habla pausada y sentenciosamente y escuchándose.

2.ª Al buen juicio de los actores se deja suplir, durante toda la escena de la comida (acto 2.º), las deficiencias del diálogo, que no puede medirse con la necesaria precisión, dando á dicha escena el conjunto animado que requiere.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.